Encuentro con los obispos de la Conferencia Episcopal Española

3 de marzo de 2014

Queridos hermanos:

Agradezco las palabras que me ha dirigido en nombre de todos el presidente de la Conferencia Episcopal Española, que expresan vuestro firme propósito de servir fielmente al Pueblo de Dios que peregrina en España, donde arraigó muy pronto la Palabra de Dios, que ha dado frutos de concordia, cultura y santidad. Lo queréis resaltar de manera particular con la celebración del ya cercano V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, primera doctora de la Iglesia.

Ahora que estáis sufriendo la dura experiencia de la indiferencia de muchos bautizados y tenéis que hacer frente a una cultura mundana, que arrincona a Dios a la vida privada y lo excluye del ámbito público, conviene no olvidar vuestra historia. De ella aprendemos que la gracia divina nunca se extingue, y que el Espíritu Santo continúa obrando en la realidad actual con generosidad. Fiémonos siempre de Él y de lo mucho que siembra en los corazones de quienes están encomendados a nuestros cuidados pastorales (cf. Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 68).

A los obispos se les confía la tarea de hacer germinar esas semillas con el anuncio valiente y veraz del Evangelio, de cuidar con esmero su crecimiento con el ejemplo, la educación y la cercanía, y de armonizarlas en el conjunto de la ”viña del Señor”, de la que nadie puede quedar excluido. Por eso, queridos hermanos, no ahorréis esfuerzos para abrir nuevos caminos al Evangelio que lleguen al corazón de todos, para que descubran lo que ya anida en su interior: a Cristo como amigo y hermano.

No será difícil encontrar esos caminos si vamos tras las huellas del Señor, que «*no ha venido para que le sirvan, sino para servir*» (Mc 10,45), y que supo respetar con humildad los tiempos de Dios y, con paciencia, el proceso de maduración de cada persona, sin miedo a dar el primer paso para ir a su encuentro. Él nos enseña a escuchar a todos de corazón a corazón, con ternura y misericordia, y a buscar lo que verdaderamente une y sirve a la edificación mutua.

En esta búsqueda, es importante que el obispo no se sienta solo, ni crea estar solo; que sea consciente de que también la grey que le ha sido encomendada tiene olfato para las cosas de Dios. Especialmente, sus colaboradores más directos, los sacerdotes, por su estrecho contacto con los fieles, con sus necesidades y desvelos cotidianos; también las personas consagradas, por su rica experiencia espiritual y su entrega misionera y apostólica en numerosos campos; y los laicos, que desde las más variadas condiciones de vida y sus respectivas competencias llevan adelante el testimonio y la misión de la Iglesia (cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium*, 33).

Asimismo, el momento actual, en el que se habla cada vez menos de la fe y no faltan dificultades para su transmisión, exige poner a vuestras Iglesias en un verdadero estado de misión permanente, para acercar a quienes se han alejado y fortalecer la fe, especialmente en los niños; para ello, no dejéis de prestar una atención particular al proceso de iniciación a la vida cristiana. La fe no es una mera herencia cultural, sino un regalo, un don que nace del encuentro personal con Jesús y de la aceptación libre y gozosa de la nueva vida que nos ofrece; esto requiere anuncio incesante y animación constante, para que el creyente sea coherente con la condición de hijo de Dios que ha recibido en el Bautismo.

Despertar y avivar una fe sincera favorece la preparación al matrimonio y el acompañamiento de las familias, cuya vocación es ser lugar nativo de la convivencia en el amor, célula originaria de la sociedad, transmisora de vida, e iglesia doméstica donde se fragua y se vive la fe. Una familia evangelizada es un

valioso agente de evangelización, especialmente cuando irradia las maravillas que Dios ha obrado en ella; además, al ser, por su naturaleza, ámbito de generosidad, promoverá el nacimiento de vocaciones al seguimiento del Señor en el sacerdocio o en la vida consagrada.

El año pasado publicasteis el documento *Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI*, señalando así el interés de vuestras Iglesias particulares en la pastoral vocacional. Es un aspecto que un obispo debe poner en su corazón como absolutamente prioritario, llevándolo en la oración, insistiendo en la selección de los candidatos y preparando equipos de buenos formadores y profesores competentes.

Finalmente, quisiera subrayar que el amor y el servicio a los pobres es signo del Reino de Dios que Jesús vino a traer (cf. *Evangelii gaudium*, 48). Sé bien que, en estos últimos años, precisamente vuestra Caritas —y también otras obras benéficas de la Iglesia— han merecido un gran reconocimiento de creyentes y no creyentes. Me alegra mucho, y pido al Señor que esto sea motivo de acercamiento a la fuente de la caridad, a Cristo, que «*pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos*» (Hch 10,38); y también a su Iglesia, que es madre y nunca puede olvidar a sus hijos más desfavorecidos. Os invito, pues, a manifestar aprecio y a mostraros cercanos a cuantos ponen sus talentos y sus manos al servicio del «*programa del Buen Samaritano, el programa de Jesús*» (Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 31b).

Queridos hermanos, ahora que estáis reunidos en la visita *ad limina* para manifestar vuestros lazos de comunión con el obispo de Roma (cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium*, 22), deseo agradeceros de todo corazón vuestro servicio al santo pueblo fiel de Dios. Seguid adelante con esperanza, y poneos al frente de la renovación espiritual y misionera de vuestras Iglesias particulares, como hermanos y pastores de vuestros fieles, y también de los que no lo son, o lo han olvidado. Para ello, os será de gran ayuda la colaboración franca y fraterna en el seno de la Conferencia Episcopal, así como el apoyo recíproco y solícito en la búsqueda de las formas más adecuadas de actuar.

Os pido, por favor, que llevéis a los queridos hijos de España un saludo especial del Papa, que los confía a los cuidados maternos de la Santísima Virgen María, les suplica que recen por él y les imparte su Bendición.